

El Doctor Esteban Jaramillo

Ofrecimiento del Homenaje por el Doctor
FERNANDO GOMEZ MARTINEZ

Señor Rector y Claustro, señor doctor Esteban Jaramillo, señoras y señores:

La Universidad Católica Bolivariana honra hoy con el título de Doctor Honoris Causa a quien tiene el doctorado por haberlo ganado desde los años mozos con su inteligencia y su consagración, a quien es docto en el campo de la jurisprudencia, de la economía, de la hacienda pública y de las letras, y a quien, de no haberlo adquirido, lo tiene merecido y lo recibe ahora por las obras de su mente y sus servicios a la república.

Feliz quien llega a los nevados años dejando una estela como la que deja Esteban Jaramillo. Todo lo que va de este siglo en la vida colombiana está pleno de su nombre. Ni hay reforma fundamental en que no haya participado, ni problema que no haya resuelto o ayudado a resolver, ni gobierno que no le deba un gran servicio, ni generación que no haya aprendido de sus labios o en sus libros.

Abogado, escritor, tratadista, orador y político, en ninguna de tantas actividades ha sido mediano. Expositor de la ciencia de las finanzas, débele la república la renovación de sus sistemas tributarios. Porque fue él quien, desde 1918, expuso en su obra *La Reforma Tributaria en Colombia*, las modernas teorías sobre el impuesto directo y quien propugnó por implantarlo y lo hizo adoptar. El fue el precursor. El también el realizador.

Pertenece el doctor Jaramillo a aquella pléyade de estadistas colombianos que supieron juntar el meollo de las cosas y la profundidad de los conceptos con la forma literaria elegante y correcta. "Desde los tiempos de Camilo Torres, faro luminoso en la vida de la república—dijo él mismo en su discurso de recepción en la Academia Colombiana de la Lengua—nuestros grandes políticos han sido con frecuencia eminentes literatos". Eso él. Qué hondura en el

pensamiento pero qué elegancia y tersura en la forma y qué propiedad y limpieza en las palabras.

Su estilo como parlamentario no ha sido superado en Colombia. No es un concepto que se me ocurra ahora que estoy haciendo este elogio—tan pálido y tan pobre—de su nombre y de sus merecimientos. En esta mi vida que ya va siendo larga, he escuchado diferentes tipos de oradores, desde el que expone sin gracia y sin vida hasta el que, en arranques de elocuencia, embelesa con el número de los períodos y la fantasmagoría de las figuras. Pero este no es, para mí, el orador parlamentario. Menos el otro. Esteban Jaramillo construye un discurso así como un gran arquitecto levanta un edificio. Es severo en la forma, sobrio en el adorno. Nada le sobra ni nada le falta a su oración. Hombre constructivo, no divaga por los caminos de la erudición. Pero qué enorme elocuencia la que desarrolla con esta energía de la palabra clara, de la idea precisa, del sencillo adorno y del ademán severo. “Hemos estado haciendo las finanzas de la paz. Vamos a hacer ahora las finanzas de la guerra”. Jamás había escuchado yo más estruendosa ovación que la que se le tributó al iniciar su discurso en aquella memorable sesión del senado de 1932, cuando, a raíz de la invasión al territorio, la nación se vió aventada a la guerra y el ministro de hacienda estorbado en su trabajo de conjurar la crisis.

Político y parlamentario, no es, con todo, un caudillo, lo que no acusa deficiencia. La explicación la dió él mismo cuando dijo que para tener alguna cosa hay que renunciar siempre a otra. Renunció al espíritu sectario, para conservar la libertad. “Uno puede renunciar a la comprensión y a la ecuanimidad—son palabras suyas—y conseguir el prestigio de un gran caudillo político; o puede conservar su autonomía de espíritu y renunciar a los honores de la popularidad y el caudillaje”. Prefirió ser libre, con lo cual ha podido ser ecuaníme. Para qué fin? Para el del servicio público. “Yo me debo al país y presto el contingente que pueda prestar dentro de mis ideas y del bien general, quienquiera que me lo solicite. Jamás he conocido el egoísmo del conocimiento”. Por ello es maestro y servidor.

Se discute, en el terreno puro de las ideas, la oposición que existe entre el teorista y el práctico, entre el pensador y el ejecutor, entre el apóstol y el hombre de gobierno. Cuántas veces, tratándose de Esteban Jaramillo, que ha reunido en sí las dos opuestas calidades, se ha querido hallar contradicción entre sus enseñanzas y sus obras, entre sus teorías de economista y las medidas que ha llevado a la práctica cuando se ha visto enfrentado a la solución de graves problemas. Quienes tales oposiciones presentan se olvidan de que las leyes económicas y los principios de la hacienda pública operan sólo sobre la normalidad, y que empeñarse en sostenerlos en épocas anormales, y regir con ellos, puritanamente, la vida de un país, es imposible o contraproducente. El profesor enseña los peligros del crédito, y los escollos del papel moneda, y las bondades de la libertad

de comercio, y el pro y el contra de la inflación y de la deflación. Pero enfrentado a la crisis, ha de resolverla por los medios adecuados, así como el país pacifista y sostenedor del derecho acepta la guerra cuando la guerra es necesaria y trueca sus sistemas de paz en terribles métodos de guerra. Cuando Esteban Jaramillo sustenta la moratoria, cuando abandona el pago de la deuda pública, cuando echa mano de empréstitos para pagar servicios públicos o para dar trabajo al pueblo, no está contrariando sus enseñanzas sino metiéndolas en el terreno de la relatividad, que es el terreno de las circunstancias, o sea la verdad de la emergencia. "Primum vivere", ha sido mi lema", explicaba una vez en defensa de esas aparentes contradicciones. Por eso es un realizador. Piloto de tempestades, no vacila en arrojar por la borda la impedimenta de las teorías cuando con ellas va a zozobrar la nave. Relativista, escéptico, en sentido filosófico? No. Realista. Político. Estadista. Que hablen los hechos y nos digan si cada una de esas medidas que se han dicho opuestas a los principios de sus libros no han salvado al país, a su economía, a su pueblo, cada vez que Esteban Jaramillo ha tenido que adoptarlas.

Otra cosa son las ideas religiosas y los principios básicos del ideario político, en los cuales es firme, invariable, rígido.

Todo esto ha sido para mí Esteban Jaramillo. Pero cuántas formidables inteligencias y cuántas estelares carreras se malogran si no van engastadas, como una gema, en el anillo de una vida pulcra. La de Esteban Jaramillo es austera. Luciente el noble hogar cristiano, ahora incompleto. Edificante la laboriosidad del jefe. Allí las horas se dedican al estudio, al trabajo, a la oración. La honradez en todos los actos brilla como un escudo. Son las mismas virtudes de la estirpe, que trasladadas de la vida hogareña a la pública, en esta clase de ciudadanos, enorgullecen a Colombia.

Pero a qué continuar distrayendo vuestra atención, si estáis pendientes y estoy pendiente de lo que el maestro va a decirnos. Comprendo vuestra impaciencia, y cada palabra de más aumenta la mía.

La Universidad Católica Bolivariana tiene con el doctor Esteban Jaramillo una deuda de gratitud y ha querido empezar a saldarla en una forma que lo honra a él y la enaltece a ella. Qué bella prerrogativa la de quien puede otorgar honor, como este instituto, y qué noble presea para quien merece recibirlo, como vos, señor y maestro, Esteban Jaramillo.